

# ARGENTINA: EL RETORNO DE LA INSURRECCION

por ANDRES BENAVENTE\* y JORGE JARAQUEMADA\*\*

El copamiento de una unidad militar de Buenos Aires por guerrilleros ultraizquierdista, hecho ocurrido en el mes de enero de 1989, marca el comienzo de una etapa de acción armada por parte de algunos grupos antisistémicos en Argentina, que hasta ahora se habían mantenido sólo en los énfasis políticos. En concreto, es el caso del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) que aparece vinculado a los sucesos de La Tablada.

La guerrilla argentina en los años 60 y 70 tuvo varias expresiones orgánicas, así como reconocía diversas vertientes políticas: de un lado la insurrección marxista, donde el ERP, brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores, era la estructura principal; y de otro la insurrección peronista, cuya expresión más clara (pero no la única) era Montoneros (1).

En el período militar la guerrilla fue derrotada en toda la línea, aun cuando ello no fue sino la culminación de un proceso iniciado en la administración de Isabel Perón. Muchos grupos menores quedaron, de hecho, liquidados o disueltos. Otros, como el ERP y Montoneros subsistieron en la clandestinidad y hacia fines de los 70 e inicios de los 80 demostraban tener vida política a través de declaraciones de sus dirigencias que se encontraban en el exterior.

A contar de 1983, con el retorno del régimen democrático, ERP y Montoneros se insertaron en la vida política pública, haciendo abandono de las estrategias armadas. El ERP, privilegiando la acción del Partido Revolucionario de los Trabajadores y Montoneros, transformándose en el Peronismo Revolucionario que se afana por ganar posiciones dentro del justicialismo. Lo clave aquí, para entender lo que sucede en enero de 1989, así como la etapa que se ha iniciado, es que dichos grupos si bien dejaron las armas, motivados

\* ANDRES BENAVENTE: Cientista político. Profesor-investigador del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

\*\* JORGE JARAQUEMADA: Abogado. Investigador del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile.

(1) Para una lectura detallada de la insurrección en Argentina de los años 70 véase Anzorena, Oscar: *Tiempo de Violencia y Utopía*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1988. Guillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Editorial Grijalbo, Buenos Aires, 1987. Gasparini, Juan: *Montoneros, final de cuentas*, Editorial Puntosur, Buenos Aires, 1988. Giussani, Pablo: *Montoneros: la soberbia armada*, Editorial Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1984. Méndez, Eugenio: *Confesiones de un Montonero*, Editorial Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1986. Brocato, Carlos: *La Argentina que quisieron*, Editorial Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1985. Santucho, Julio: *Los últimos Guevaristas*. Ediciones Puntosur, Buenos Aires, 1988. Ceresole, Norberto: *Nación y Revolución. Argentina de los años setenta*. Ediciones Puntosur, Buenos Aires, 1988 y Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados: un ejercicio posible*. Ediciones Cicso, Buenos Aires, 1984.

por la situación contextual, no abandonaron su discurso antisistémico. Ello nos llevó a escribir en octubre de 1986, en una investigación para la Universidad de Belgrano, de Buenos Aires, que estos grupos “aparentemente insertos en el esquema democrático, que tienen un pasado violentista reconocido, que fueron los promotores centrales de la guerrilla urbana en los años 67-76 y que hoy son, sin duda, una amenaza potencial en el sentido que el retorno a las armas puede ser la opción que en definitiva adopten” (2).

En el presente trabajo nos preocuparemos en abordar la acción de los grupos insurreccionales argentinos en el período 1983-1989. Intentaremos demostrar que su vinculación a la vida política no es sino una determinación táctica, la que ha comenzado a ser abandonada: el ERP con más impaciencia y Montoneros, a la espera que en la posible Presidencia de Menem se den condiciones más favorables para impulsar nuevamente la consigna de la transición de una “Patria Peronista” a una “Patria Socialista” (3). Para ello tenemos que obligadamente referirnos a lo que la guerrilla, en sus diversas expresiones, fue en la década del 70.

No se puede dejar de considerar en el presente estudio la radicalización del Partido Comunista a partir de su Congreso de noviembre de 1987, en que sin abandonar su condición de partido legal se pronunció por el uso de variadas formas de lucha para la conquista del poder en función del desarrollo de la revolución, así como acordó abrirse políticamente hacia organizaciones de extrema izquierda, que en los años 70 calificaba displicentemente de “ultristas” (4).

El trabajo se divide en tres partes: la guerrilla en los años 70; los grupos insurreccionales en el gobierno militar, considerado éste como transición hacia la primacía de la lucha política; y, por último, los grupos insurreccionales en el período democrático, es decir, en la presidencia de Alfonsín. Tomaremos, de los variados grupos guerrilleros, a los dos más importantes, y a los dos que hoy siguen vigentes aun cuando uno de ellos —Montoneros— está aún en la vía política.

## I. LOS AÑOS 70: LA GUERRILLA GUEVARISTA Y LA GUERRILLA PERONISTA

Una de las expresiones guerrilleras de los años 70 es el Ejército Revolucionario del Pueblo, que era el brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores, entidad de características trotskistas fundada en 1965 por Mario Roberto Santucho. La idea central a partir de la cual desarrolla su

(2) Benavente, Andrés y Jaraquemada, Jorge: *Movimientos Insurreccionales en Latinoamérica. Un estudio del período 1959-1986*, Documento de Trabajo Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 1986, pág. 260.

(3) En la tercera presidencia de Perón, Montoneros se diferenciaba del peronismo tradicional que proclamaba una Patria Peronista, postulando una Patria Socialista.

(4) Para ver la posición del Partido Comunista Argentino en los años 70, véase: Echague, Carlos: *El Social Imperialismo Ruso en la Argentina*, Ediciones Agora, Buenos Aires, 1986. También Vacs, Aldo César: *Los socios discretos. El nuevo carácter de las relaciones entre la Argentina y la Unión Soviética*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

estrategia es la de la guerra popular prolongada. Su líder fundador define al ERP del siguiente modo: “El ERP es una organización armada, creada y dirigida por el Partido Revolucionario de los Trabajadores, un partido obrero, de ideología marxista-leninista... su programa es un programa amplio, cuyos puntos centrales son la independencia nacional frente a la dominación del imperialismo yanqui y otra serie de reivindicaciones más profundas que apuntan a la transformación económica y social de la sociedad y a la eliminación del capitalismo como sistema injusto” (5).

En cuanto a la implementación de la insurrección postula una guerrilla urbana (dentro de la cual realizan asaltos a bancos y hostigamiento a las fuerzas policiales y militares), para después incorporar a la lucha a las fuerzas que pueden reclutar en el campo. La modalidad de copamiento de entidades militares y policiales ha sido tradicional en el ERP. Su primera acción, en 1970, fue precisamente el apoderarse de un puesto de la Gendarmería donde se apropiaron de dos fusiles y algunas pistolas (6).

En septiembre de 1973, en medio de un régimen democrático peronista, el ERP efectuó el copamiento del Comando de Sanidad Militar en pleno Buenos Aires. La acción fracasó, pero el hecho logra conmover a la sociedad política. El hecho marca el comienzo de una serie de acciones encaminadas a hostigar a las FF.AA., en especial al Ejército. Oscar Anzorena, interpretando ese hecho, plantea: “Cabría preguntarse qué objetivo político perseguía el ERP con este accionar. La tesis sostenida por este grupo, de que cualquier gobierno sólo servía para distraer de los verdaderos ejes de lucha de clases y retrasar la lucha del pueblo, derivaba en una línea operativa tendiente a exacerbar las contradicciones y los niveles de enfrentamiento en el seno de la sociedad. En definitiva consideraban que el gobierno justicialista era una mascarada al servicio de la opresión, que había que derribar para que quedara claramente planteada la que para ellos constituía la contradicción principal: Ejército Opressor versus Ejército Revolucionario” (7).

Santucho explicaba el copamiento de la instalación militar argumentando que “esa presencia (la presencia combativa de la guerrilla) será un importante factor que obligará al gobierno peronista y al ejército a una definición: adelantar su opción entre ceder momentáneamente o reprimir” (8).

La otra fuerza insurreccional que nos interesa destacar aquí es la de Montoneros. Se dan a conocer en mayo de 1970 cuando secuestran al ex Presidente Pedro Eugenio Aramburu. Se le somete a un “juicio popular”, cuyo resultado es su asesinato. Montoneros son el fruto de una larga proscripción del peronismo luego de su caída en 1955, donde el sector más radicalizado cree que la alternativa es colocarse fuera del sistema y atacarlo frontalmente. Se debe tener en cuenta que Montoneros son un grupo cuya extracción original es la derecha nacionalista argentina. Sus integrantes habían formado primeramente el grupo Tacuara y más tarde derivan al

(5) Benavente A. y Jaraquemada J., op. cit., pág. 90.

(6) La acción aparece relatada en Santucho, op. cit., pág. 166.

(7) Anzorena, Oscar, op. cit., págs. 275 y 276.

(8) Véase *El Combatiente*, 21 de noviembre de 1973.

peronismo, en cuanto éste interpretaba sus aspiraciones nacionalistas y antiliberales. Ya en el peronismo irán derivando hacia el marxismo. Su estrategia es la de la guerra popular, la que debe ser total, nacional y prolongada. "Total, porque supone la destrucción del Estado capitalista y su Ejército como previos a la toma del poder por el pueblo. Nacional, porque su sentido es el de emancipación del dominio extranjero a la par que la reivindicación del pueblo argentino y Prolongada, porque hay que formar el Ejército Popular, lo que implica tiempo para desarrollarlo" (9).

En 1973 llega al poder, luego de ser elegido presidente en las elecciones de marzo, el peronista Héctor Cámpora. Este hecho marca la suspensión de las acciones subversivas, pero no el anulamiento de la posición insurreccional. La guerrilla declara que suspende sus acciones para ver cómo se desenvuelve el nuevo gobierno. Los movimientos insurreccionales peronistas se pondrán como tarea "la consigna de defender el carácter popular del nuevo gobierno, exigiéndole el cumplimiento de su plataforma preelectoral (nacionalista, democrática y popular), que es un denominador común a todos los sectores revolucionarios del movimiento". Por ese tiempo, el líder Montonero Mario Firmenich decía: "El poder político viene de la boca del fusil. Si llegamos a este punto es porque teníamos fusiles y los usamos. Si los abandonamos, sufriríamos un retroceso en nuestra posición política. En la guerra hay momentos de enfrentamiento como los que pasamos, y hay momentos de tregua, en donde se prepara para la próxima confrontación" (10). El gobierno de Cámpora era concebido como un período de tregua.

El ERP frente al gobierno peronista también ofrece una tregua, pero de menor alcance: "Respetuosos de esa voluntad (del electorado que eligió a Cámpora), nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla, pero nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las FF.AA. contrarrevolucionarias". Luego viene un claro emplazamiento al gobernante, que se situaba en el ala izquierda del peronismo: "Si Ud., Presidente Cámpora, quiere verdaderamente la liberación, debería sumarse valientemente a la lucha popular: en el terreno militar armar el brazo del pueblo, favorecer el desarrollo del ejército popular revolucionario que está naciendo a partir de la guerrilla. Vuestro gobierno no podrá dar ningún paso efectivo hacia la liberación nacional y social de nuestro pueblo" (11).

Los peronistas fueron entonces los que más criticaron la posición del ERP. Uno de ellos afirmaba: "El país estaba festejando con júbilo masivo el triunfo del peronismo y la derrota histórica de la dictadura, y esta pequeña organización, con la petulancia de sus metralletas y una impermeabilidad asombrosa ante la historia, decide que las cosas no son como son sino como ellos dicen que son" (12). En la descripción anterior queda bien reflejada no sólo una característica del ERP, sino de todas las organizaciones insurrec-

(9) Benavente y Jaraquemada, op. cit., pág. 93.

(10) Firmenich, Mario. Entrevista en *El Descamisado*, 11 de septiembre de 1973, reproducida en Di Tella, Guido: *Perón-Perón*, Editorial Hispanoamérica, Buenos Aires, 1985, pág. 102.

(11) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 245.

(12) Brocato, Carlos, op. cit., pág. 85.

cionales: su voluntarismo, que los conduce frecuentemente a vivir de espaldas a la realidad, bajo el dominio dogmático de sus consignas.

La inclinación de Cámpora hacia la izquierda no es compartida ahora por Perón, por lo cual se provoca la renuncia del primero el 13 de julio de 1973. Se convocan para nuevos comicios presidenciales para el 23 de septiembre en que triunfa de manera categórica Juan Domingo Perón, quien en octubre inicia su breve y final tercera presidencia. El hecho de que Perón haya forzado la renuncia de Cámpora se debe más bien a un deseo personal de retornar al poder visible, que a discrepancias ideológicas de fondo, puesto que si hay un responsable de la existencia de la guerrilla peronista ese es, sin duda, Perón mismo, quien alentó desde el exilio a sus "formaciones especiales". Fue él quien insistió una y otra vez, durante su largo exilio, en la necesidad de derrocar por la fuerza a los gobiernos que se rotaban en su país.

Un autor nos relata cómo Perón en la campaña que antecede a la elección de Cámpora mantiene una posición rupturista: "Urgido en inutilizar las especulaciones del ballottage sobre las que se esperaba Lanusse, Perón necesitaba un triunfo inapelable que impidiera una segunda vuelta reunificadora del antiperonismo para tratar de doblarlo. Sin dudas, las banderas de la Juventud Peronista eran las que más convenían en aquel momento: habían contribuido irremplazablemente en la lucha por su vuelta, encarnaban la continuidad de los diecisiete años de resistencia... Que la juventud se haga cargo, repetía al pasar, para que ésta no cesara en la movilización. O la juventud toma esto en sus manos y lo arregla, aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no lo va a arreglar nadie" (13). Luego, instalado en el poder, Perón olvidaría lo anterior y se volvería un político conciliador.

La concomitancia de Perón con el extremismo subversivo merece un estudio más extenso, pero una alusión a ello no podemos soslayarla aquí. No es que haya existido una opción metodológica de Perón por la insurrección, pero sí hay un estímulo coyuntural y una tolerancia general en cuanto en una etapa de su vida política el extremismo le resulta muy funcional. Angel Robledo, destacado peronista, dirá que Perón quien aceptó "dentro del peronismo fuerzas juveniles que, con el nombre de formaciones especiales, indudablemente llegaban desde la vertiente de un enfoque ideológico marxista-leninista... Y en definitiva el peronismo aceptó su aporte. Eso me lo confesó un día conversando el General Perón, sencillamente eran "los enemigos de sus enemigos". Vale decir, los tuvo que aceptar como aliados inevitables. Y esos aliados inevitables terminaron resultando, a la postre, aliados carísimos" (14).

Al lado del extremismo montonero, el peronismo albergaba también un extremismo de derecha que provenía de la Alianza Argentina Anticomunista, Triple A, que respondía a la inspiración del Ministro de Bienestar Social José López Rega. Los asesinatos cometidos por esta última organización fueron incontables, incluyendo a peronistas del otro extremo, lo cual llevará a un autor a decir que había personas que morían "absurdamente con el nombre de Perón en los labios y las balas de las bandas de Perón en el cuerpo" (15).

(13) Gasparini, Juan, op. cit., pág. 49.

(14) Brocato, Carlos, op. cit., pág. 51.

(15) Brocato, Carlos, op. cit., pág. 49.

Mientras los Montoneros se aprestaban a apoyar al Presidente electo, Cámpora, el ERP no dejaba de actuar en el campo armado. El 25 de marzo realiza el copamiento de la central termonuclear de Atucha, el día 30 coloca un artefacto explosivo en la sede del Comando en Jefe de la Armada y el 3 de abril secuestra al Contraalmirante Francisco Alemán.

Los Montoneros se fusionaban con las Fuerzas Armadas Revolucionarias y expresaban que su apoyo a Cámpora no era solamente un apoyo político, sino el utilizamiento del aparato gubernamental para desde allí conquistar la plenitud del poder, tal cual lo sostenía en Chile el MIR respecto del Gobierno de Allende, y como eventualmente lo pueden volver a sostener Montoneros respecto del gobierno de Menem. Por ese entonces decían: “La historia de nuestra patria nos demuestra que no es suficiente ser mayoría, que no es suficiente ganar las elecciones, que tampoco lo es llegar al gobierno; porque las mayorías cuando no están organizadas y armadas pueden ser desconocidas por los dueños del poder económico y militar. Por ello el objetivo de nuestro movimiento es la conquista del poder... llegar al gobierno es un paso que facilita, en tanto sepamos darlo, el desarrollo de ese proceso cuya culminación será alcanzada con la toma del poder económico y militar. Con el triunfo electoral hemos ganado una batalla, pero la guerra aún no ha terminado” (16).

Entretanto, el ERP el día 30 de abril de 1973 asesinaba al Almirante Hermes Quijada. Con ello estaba marcando que su tregua era muy parcial a la vez que singular. Su apuesta política era al fracaso del gobierno peronista, especulando que cuando ello sucediese las masas radicalizarían sus posiciones.

Con Cámpora en el Gobierno comienza la batalla al interior del peronismo entre Perón, respaldado por el sindicalismo, y la juventud montonera. El segundo regreso del líder provocará los sucesos de Ezeiza, donde muere una gran cantidad de personas en enfrentamientos que se producen entre las diversas corrientes peronistas. Perón repudiará el hecho y expresará su primera condena pública a Montoneros —los que habían dejado de serle útil—. “Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan” (17).

En enero de 1974 el ERP efectúa un ataque sorpresivo al Regimiento de Azul, el más importante de Argentina, ubicado en Buenos Aires. No logran su objetivo de apoderarse del arsenal y luego de un prolongado enfrentamiento deben batirse en retirada. Al hacerlo asesinan al Comandante de la Unidad, Coronel Camilo Gay, y a su esposa, y secuestran a otro oficial. El Presidente Perón reacciona destituyendo al Gobernador peronista de Buenos Aires, Oscar Bidegain, ligado políticamente a Montoneros. Afirma en esa oportunidad: “No es casualidad que estas acciones se produzcan en determinadas jurisdicciones. Es indudable que ello obedece a una impunidad en la que la desaprensión e incapacidad lo hacen posible, o lo que sería peor aún, si mediara, como se sospecha, una tolerancia culposa” (18). Era, con todo, demasiado tarde. Quien por años había estimulado el uso de la

(16) Véase *El Descamisado*, 29 de enero de 1973.

(17) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 258.

(18) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 294.

violencia como metodología política no podía pretender detenerla sólo por el hecho de haber llegado al gobierno.

El rompimiento definitivo entre Perón y Montoneros sobrevendrá el 1º de mayo de 1974, cuando el Presidente es interrumpido varias veces durante su discurso, hasta que termina acusándolos de “imberbes”. Los Montoneros se van de la Plaza de Mayo gritando consignas en contra de quien había sido su líder. Pocos días antes desde el periódico “Militancia” reprochaban: “Se equivoca Perón y en forma grave. En lugar de ponerse al frente de su pueblo, encabeza el proyecto del enemigo” (19).

En el gobierno de Isabel Perón, iniciado a la muerte de su esposo el 1º de julio de 1974, los días de violencia se multiplican. El ERP pasará a implementar una variedad de formas de lucha: desde luego persiste en la guerrilla urbana; crea en lo político el Frente Antiimperialista por el Socialismo –FAS– y en lo sindical el Movimiento Sindical de Bases, ambos entidades de fachada, de carácter rupturista, como lo será años más tarde el Movimiento Todos por la Patria. Por último, decide implementar la guerrilla rural, por lo cual son denominados “los últimos guevaristas”. En este campo coparán el pueblo de Acherai en la provincia de Tucumán. El 11 de agosto de ese año copan simultáneamente dos cuarteles del Ejército en las provincias de Córdoba y Catamarca, sustrayendo gran cantidad de armamento. Montoneros no se quedan atrás e inician una serie de asesinatos políticos, empezando por el del ex Ministro del Interior de Lanusse, Arturo Mor Roig.

En medio de ese clima de violencia opinaba el joven Gobernador peronista de La Rioja, Carlos Menem. En 1973 no tenía problemas en decir que simpatizaba con Montoneros: “La Revolución del 25 de mayo tiene su sentido más profundo en la defensa que harán de ella la Juventud, las FAR y Montoneros. Hay aún muchos conservadores metidos en el Movimiento, en el gobierno nacional y ésta es una lucha a muerte” (20). Dos años más tarde, en el gobierno de Isabel Perón, cuando ésta ya había ordenado a las FF.AA. reprimir a la guerrilla, el mismo personaje opinaba lo siguiente: “Estoy profundamente de acuerdo (con esa medida). La participación de las FF.AA. es un hecho que no podía demorarse, además los compañeros de las fuerzas conjuntas y de seguridad están haciendo Patria con mayúsculas” (21). Hoy, en 1989, Menem tiene en el Peronismo Revolucionario, donde están los herederos de Montoneros, a fieles seguidores. Cabe preguntarse, por ambos lados... ¿por cuánto tiempo?

En 1975 Montoneros lanzan su Tercera Campaña Nacional Montonera, que tenía como finalidad principal la eliminación física de policías o cualquier miembro de las fuerzas de seguridad (22). Al decir de Anzorena “la tarea encomendada por la dirección de Montoneros a sus militantes era que saliesen a la calle a identificar algún policía y cuando lo encontrasen –no importando quién fuese, cómo se llamara, cómo pensara, qué grado tuviera, a

(19) Véase Revista *Militancia*, 7 de marzo de 1974.

(20) Véase *El Descamisado*, 12 de junio de 1973.

(21) Véase *El Caudillo*, 5 de marzo de 1975.

(22) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 349.

qué extracción social perteneciese) lo mataran, y le sacaran la pistola” (23). La organización guerrillera, por su parte, lo comunicaba así: “Nuestra acción contra los policías debe ser el combate de aniquilamiento indiscriminado. Esta es una de las tareas más importantes de este momento, obligarlos a reducir su capacidad territorial” (24).

Por su parte el ERP justificaba la radicalización de sus acciones, diciendo que “nuestro partido considera deber de las organizaciones revolucionarias poner en juego su fuerza, actuando activamente en todas las formas y frentes con el objetivo de contribuir a la centralización y generalización de la lucha, al paso que organizando a una oposición activa que constituirá un salto cualitativo y el comienzo de una poderosa ofensiva revolucionaria. Como parte de esa actividad de oposición en el terreno militar se resolvió llevar adelante la acción en Azul” (25).

A fines de 1975 el ERP asalta el Batallón de Arsenales de Monte Chingolo. Son duramente reprimidos. Pese a eso los guerrilleros afirman que se trataba de una derrota militar, pero un triunfo político, en cuanto acumulaban condiciones para precipitar un golpe de Estado. Lo reconocen así tiempo después: “En el fondo pensábamos que el golpe representaba un avance en el proceso, por lo tanto lo que en realidad buscábamos era dilatarlo un tiempo para prepararnos mejor” (26).

En marzo de 1976 es derrocado el gobierno de Isabel Perón y la guerrilla, en todos sus matices, entrará a una segunda fase, aquella en que el país libra una dura y dolorosa batalla por recuperar su seguridad. Oscar Anzorena, de filiación izquierdista, describe bien el clima político que rodea la caída de la señora de Perón: “Todos los sectores políticos, empresariales y gremiales, querían y pedían el golpe. Ellos (los militares) sólo tenían que ponerle fecha... La clase media percibía a los militares como un factor de tranquilidad y seguridad ante los incontrolables niveles de violencia, el desastre económico, la hiperinflación, el desmedido poder sindical, el fascismo gubernamental. De alguna manera todos los partidos políticos expresaban este pensamiento: la derecha imploraba el golpe, el centro decía que no tenía soluciones y la izquierda abogaba por un gabinete cívico-militar” (27).

## II. LA SUBVERSION Y LOS GOBIERNOS MILITARES

Afirmar que la subversión montonera y del ERP termina por la represión de los gobiernos militares que se suceden a la caída de Isabel Perón es sostener algo que, siendo cierto, constituiría una tesis superficial, si no se ahondara en el proceso. Si sólo nos limitáramos a afirmar que la guerrilla desaparece no podríamos explicarnos por qué Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (cara política del ERP) reaparecen en

(23) Véase Revista *Evita Montonera*, enero-marzo 1976.

(24) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 358.

(25) Véase folleto sobre el VI Congreso del ERP, mayo 1979.

(26) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 364.

(27) Gasparini, Juan, op. cit., pág. 166.



1983. Lo que ocurre es que con los gobiernos militares se terminan las acciones armadas, pero no los grupos insurreccionales. Estos, en el país y desde el exilio entran a una nueva fase, donde paulatinamente, y en la medida en que evidencian su derrota, van otorgando primacía a lo político, sin dejar de lado, por cierto, sus posiciones rupturistas.

En el gobierno del general Videla, Montoneros forman el Movimiento Peronista Montonero destinado a ganar un espacio político en la oposición, que sirviera de respaldo a las acciones armadas que aún no se pensaban dejar de lado. En el Consejo General figuraban los ex gobernadores de Buenos Aires Oscar Bidegain y de Córdoba Ricardo Obregón. El jefe máximo era ciertamente el líder montonero Mario Firmenich. Con este paso, Montoneros pensaban que el golpe de Estado les proporcionaba una ventaja: pasaban a hegemonizar la representación política del peronismo derrocado. No fue así y como lo dice Gasparini, un ex guerrillero: “No obstante, la estantería del MPM se les vendría abajo al estar sujeta a una estrategia de guerra que fracasaba. No recuperaron al pueblo como referente, que nada quería saber con guerrear, y siguieron girando sobre las necesidades de la lucha armada como respuesta definitiva y excluyente a las necesidades del momento” (28).

En el ERP había más realismo que entre los seguidores de Firmenich y se aprestaba a efectuar una readecuación a la nueva situación. Enrique Gorriarán, jefe del copamiento de La Tablada, decía en 1985 sobre los años 77 y 78 que: “Teníamos una posición que incitaba a la ruptura de la base con la dirección en un momento en que eso no era posible ni oportuno. No contemplábamos que aún se precisaba una experiencia práctica que demostrara como necesaria o no esa ruptura” (29).

En 1979 el jefe montonero, Mario Firmenich, estaba empapado de la euforia derivada del triunfo de la revolución sandinista, y desde su lugar en el exilio pronosticaba igual desenlace para Argentina. Se necesitaba pasar a una ofensiva estratégica. “Tenemos que hacer aquí lo mismo que está pasando en Nicaragua”, era la consigna que inspira la operación retorno de varios guerrilleros que vivían en el exilio. Fue, en verdad, la última acción armada del grupo, que, por lo demás, le costó la derrota. En medio de estos años la organización se había dividido en varias oportunidades; cada vez que surgían discrepancias sobre la manera de abordar la coyuntura.

Los Montoneros por ese tiempo funcionaban en base a una estructura que se componía de tres frentes: el Partido Montonero, concebido como partido vanguardia; el Ejército Montonero, encargado de las acciones armadas y el Movimiento Peronista Montonero, estimado como organización de masas. Sin embargo, se mantenía una estructura centralizada, donde Mario Firmenich era el Secretario General del partido, Comandante en Jefe de la fuerza militar propia y también Secretario General del Movimiento. Se vivían días un tanto irracionales caracterizados bien por las siguientes frases de Firmenich: “Nosotros hacemos de la organización un arma, simplemente un

(28) Gutiérrez, Raúl: *Gorriarán: Democracia y Liberación*. Ediciones Reencuentro, Buenos Aires, 1985, pág. 66.

(29) Firmenich, Mario: *La base del triunfo está siempre en la masa*, en *Bohemia*, Cuba 9 de enero de 1981.

arma y, por lo tanto, sacrificamos la organización en el combate a cambio del prestigio político. Tenemos cinco mil cuadros menos, pero, ¿cuántas masas más? Esto es el detalle” (30).

En el exilio, Montoneros se dedicaron a realizar campañas en favor de los derechos humanos, se acercaron a la Internacional Socialista en busca de apoyo político y financiero y se acercaron a la Iglesia Católica en busca de cierta legitimación. En estos últimos afanes, y considerándose un ejército beligerante, establecieron una capellanía, la cual comunicaron al Vaticano. Capellán de los Montoneros fue nombrado el padre Jorde Adur. En el exilio, y a medida que comprendían su derrota militar y política, fueron cambiando las posiciones radicalizadas de la primera hora, en función de una readecuación a las nuevas circunstancias. En una tesis doctoral se dice: “En junio de 1978 apareció un documento que, aun cuando no mencionaba todavía el socialismo, abogaba por la reunificación y la transformación del peronismo, con la participación de la izquierda, la derecha y el centro en una jefatura conjunta. Finalmente, en abril de 1980, la evolución llegó a un programa que se contentaba con la unidad antioligárquica y antidictatorial, sin mencionar el socialismo. En cuatro años, los planes influidos inicialmente por el leninismo habían dado paso a la “pacificación nacional”, la “justicia social”, y la “estabilidad democrática”. Se concluye después en esta tesis: “Cinco años después del golpe militar de 1976, los otrora soldados de Perón tenían poco que ofrecer a la considerable pero dividida oposición al régimen argentino” (31).

Por su arte el ERP perdió, entre 1976 y 1978, a gran parte de su dirigencia, incluido su jefe máximo, Mario Roberto Santucho. En 1979 celebró su VI Congreso. Allí se “hizo girar su evaluación crítica retrospectiva en torno a la revalorización de la democracia e identificó las raíces del sectarismo y la absolutización de la lucha armada. Pero no logró superar el antagonismo entre reforma y revolución, ni otorgar a la política la primacía que le es debida en la edificación del consenso democrático” (32). Todo esto en palabras de Julio Santucho, quien encabezó una corriente diferente a la de Enrique Gorriarán Merlo, siendo este último defensor de la persistencia en la vía armada y siendo el primero sostenedor de una acción fundamentalmente política.

Norberto Ceresole, un politólogo izquierdista argentino, hará varios años más tarde una evaluación de la guerrilla de los inicios de los 70. A su juicio: “El proyecto insurreccional de los años 70 daba por supuesto que las características de una política insurreccional pasaban por una confrontación total e integral con el sistema, sin momentos transicionales y sin consideraciones de tiempo y espacio. La política y la estrategia habían sido desterradas por decreto. Es por eso que en los años 70 la política insurreccional no pudo acercarse ni pudo ver jamás dónde estaba el centro de gravedad del sistema de poder del oponente. Sólo pudo arañar su periferia, su epidermis. Las acciones de la guerrilla no sólo no desarticulan el sistema de poder existente: lo dejan intacto...”

(30) Gillespie, Richard, op. cit., págs. 314 y 324.

(31) Santucho, Julio, op. cit., pág. 228.

(32) Ceresole, Norberto, op. cit., pág. 33.

Luego concluye con vistas al futuro: "Durante algunos años se consolida un proceso insurreccional de tipo prolongado, pero en esas condiciones, esa prolongación no pudo sino favorecer al sistema de poder constituido. Tanto el foquismo como la concepción prolongada, al desechar los puntos anteriores (política nacional de la defensa, diversidad y complejidad cultural del amplio bloque social con aspiraciones de cambio) caen en una política de aislacionismo" (33).

En Ceresole encontramos, pues, dos críticas a la guerrilla que al parecer han sido tomadas en cuenta. Una es que no debe empeñarse siempre en una forma de lucha, sino que debe admitir momentos transicionales en que debe optar por vías complementarias. Hoy día al parecer se vive por los grupos insurreccionales, salvo por los comprometidos en La Tablada, un momento transicional y por eso participan en el sistema. Lo otro es que la insurrección debe procurar tener una legitimación social, por lo cual no debe dejar de lado el mundo cultural que conforma su contexto. Es decir, se sugiere la adopción de premisas gramscianas para los guerrilleros, cuestión que está siendo observada como lo veremos luego.

### III. LOS GRUPOS ANTISISTEMICOS EN LA ARGENTINA DE HOY

Vamos a analizar brevemente a tres grupos antisistémicos que hoy existen en Argentina: Montoneros, convertidos en Peronismo Revolucionario; Partido Revolucionario de los Trabajadores, expresión política del ERP, y el Partido Comunista, que se ha inscrito en esta opción a partir de su congreso de noviembre de 1987.

En un documento de 1986 los Montoneros señalan la conveniencia del reagrupamiento del espacio social y político del peronismo revolucionario para constituir una corriente político-ideológica nacional poderosa, en función de la "superación definitiva de la marginación política del peronismo revolucionario, tanto frente a los restantes sectores del movimiento como al resto de las fuerzas políticas nacionales, conquistando la plena legalización política" (34).

¿A qué apunta esta reversión montonera desde la opción violenta? ¿A un credo democrático? No. Saben que en el contexto actual de Argentina lo político aparece como primordial. Proponen, en cambio, desarrollar algo en el corto plazo que pueda ser funcional a la futura insurrección. Ello es conquistar un espacio público y legal, para desde allí hacer política de oposición. Su acción hoy está fundamentalmente orientada hacia el interior del peronismo. Allí se trata de "lograr la hegemonía política en la lucha ideológica entre las corrientes del movimiento y esa hegemonía sólo puede lograrse modificando la correlación de fuerzas en la representatividad política y social" (35).

(33) Montoneros: *Ante la necesidad de reagrupar al Peronismo Revolucionario y construir su conducción*, Mimeo, 1986.

(34) *Ibidem*. Ver también Benavente, A. y Jaraquemada, J.: "El Sandinismo en la Izquierda Latinoamericana. Los peligros para la estabilidad democrática". Documento de Trabajo, Universidad del Museo Social, 1988.

(35) Partido Revolucionario de los Trabajadores. "El carácter de la Revolución y la cuestión del poder". Documento del VII Congreso, 1987.

Más que luchar por un enfrentamiento directo hoy se trata de acumular fuerzas para cuando “se den las condiciones”, y cómo las masas juegan un rol central dentro de la estrategia revolucionaria, pues ellas pueden producir la ingobernabilidad que debe servir de contexto a la insurrección, es de enorme utilidad conquistar para el polo revolucionario al peronismo y su capacidad movilizadora. La conquista del peronismo plantean hacerla desde dentro, misión que pretende cumplir Montoneros mediante una lucha por la conquista de la hegemonía, para decirlo en términos gramscianos. Y para ello, obviamente hoy, el camino a seguir no es el asesinato o el secuestro de los peronistas de derecha como en los años 70, sino ganando espacios político-institucionales dentro de la estructura partidaria. Y para ello deben introducirse en el esquema democrático y legal, pero sólo en forma instrumental.

El PRT, por su parte, celebra, en 1987, su VII Congreso y allí se ubica, a diferencia de Montoneros, claramente en una perspectiva insurreccional. Ahora la diferencia coyuntural ha quedado a la vista: Montoneros está entusiastamente con Menem, y el PRT-ERP está involucrado en los sucesos de La Tablada.

En el congreso se alude a las vías de acceso al poder. “El proletariado y el partido que exprese sus intereses históricos, sin abandonar el objetivo final, debe plantearse modos concretos de avanzar junto a las masas populares en el camino revolucionario. No puede limitarse a mostrar ante las masas el luminoso destino final al cual nos llevará la lucha revolucionaria”. En concreto se postula que todas las formas de lucha, dependiendo de las circunstancias son válidas, pero su opción es clara: “Definimos que la lucha armada es la vía más probable, el casi seguro medio de acceso al poder de las clases populares. Este constituye una definición estratégica y reclama tácticas en concordancia con los períodos que se atraviesan y la preparación de los cuadros revolucionarios”. Definida la lucha armada como instrumento final de acceso al poder, las formas de lucha para llegar a ella “pueden cambiar en cada coyuntura, pudiendo utilizarse varias a la vez, adquiriendo algunos mayor importancia en dependencia siempre de la situación concreta” (36).

En 1987 el PRT participa en el juego electoral aliado con el Partido Comunista y con el Partido Humanista en el Frente Amplio de Liberación, FRAL. Esta incursión en lo político-electoral no es contradictoria con su postura insurreccional, sino que es un implemento de ella. Es saber usar la etapa transicional a que alude Ceresole.

El PRT-ERP es tributario del pensamiento de los comunistas salvadoreños. En efecto, en los documentos que se discuten en el VII Congreso están varios del Secretario General del Partido Comunista de El Salvador, Shafik Handal, que a la vez es Comandante del Frente Farabundo Martí. Para Handal la cuestión de la lucha por el poder está ligada al problema de la vía de la revolución y al carácter de ésta. América Latina —dice— está madura para la Revolución Socialista. Hay que arrebatárle el poder a la burguesía, hay

(36) Handal, Shafik: “El Poder y el carácter de la Revolución y la unidad de la izquierda”, citado en el Documento del VII Congreso del PRT indicado en punto anterior.

que destruir el aparato burocrático militar de la burguesía; esto en las condiciones actuales y por muchísimo tiempo más, no puede realizarse por la vía pacífica. En América Latina esta tesis ha sido comprobada por la experiencia de dos revoluciones armadas triunfantes y por la derrota de dos intentos de consumir la vía pacífica en los dos países más democráticos del continente: Chile y Uruguay” (37).

Entremos a ver lo que ha ocurrido con el Partido Comunista, el mismo que dio apoyo inicial al gobierno del General Rafael Videla (38). Hacia 1985 el partido comenzaba un proceso autocrítico de aquel período, en marcha hacia una radicalización. Athos Fava, Secretario General en ese entonces, revalorizaba a Montoneros, sus ex adversarios: “Algunas expresiones revolucionarias del peronismo que combatieron contra su propia derecha y contra la burocracia sindical, asumían con mayor precisión que nosotros el tema del poder. Tales expresiones disputaban el poder en términos concretos, a través del camino armado, en tanto que el comunismo de entonces decía criticar tal metodología. Hoy se trata de retomar la metodología leninista (39). Resulta obvio que se refiere a la metodología leninista acerca del uso de la vía insurreccional para acceder al poder.

En noviembre de 1986 comienza el XVI Congreso partidario. En el proyecto de programa del partido, el dirigente Fernando Nadra usa un lenguaje de franca ruptura. “No puede llevarse a cabo la revolución si no se tiene en las manos los resortes políticos y económicos decisivos para realizar sin vacilaciones los profundos cambios que implica. Estamos hablando de un poder de un nuevo tipo”. Dejando toda ambigüedad en el lenguaje, el PC por medio de este personero proclama abierta la posibilidad de optar por la vía insurreccional. Lo dice así: “Hay que tener en cuenta y estar preparado para cualquiera de los caminos que haya que adoptar... por una u otra vía, de acuerdo a las condiciones concretas, objetivas y subjetivas” (40). Las vías serán, pues, instrumentales (electoral o armada) en función del objetivo y su uso será determinado por las circunstancias.

El viraje que empieza a mostrar el partido es el resultante de la radicalización de la juventud comunista y del empuje que logra en el interior del partido. Un personero suyo, hoy Secretario General adjunto, Patricio Echegaray, encabezaba hacia los inicios de los 80 una tendencia, a la postre triunfante, llamada “comunismo revolucionario”. Este grupo hace posible que en el Congreso se acuerde finalmente replantearse la cuestión del poder. La meta que se proponen es “cambiar lo que nunca cambió de mano en Argentina: el poder. La cuestión del poder se inserta, por lo demás, no en los límites del contexto nacional, donde debería ocurrir la traslación, sino en las características globales de la revolución universal. El carácter global de la crisis, que es parte de la crisis general del capitalismo, pone en el centro de la

(37) Numerosas referencias al apoyo dado por los comunistas a los gobiernos militares argentinos pueden encontrarse en el libro de Carlos Echagüe, citado especialmente en las págs. 11, 13 y 16.

(38) Ver *El Clarín*, de Buenos Aires, 15 de julio de 1985.

(39) Nadra, Fernando: “Construyendo la vanguardia de la Revolución”, en Revista *Nueva Era*, enero de 1986.

(40) Partido Comunista Argentino: “Resoluciones del XVI Congreso” en Separata Revista *Qué Pasa*, noviembre 1986.

cuestión el poder que ejerce el polo dominante en lo económico, político e ideológico, para reemplazarlo por el del polo popular" (41).

Luego entra a formar parte del FRAL, del que hemos hablado. Allí es aliado, junto a otras fuerzas, del PRT-ERP, Movimiento Peronista 26 de Julio (que acoge a Montoneros), y Humanistas. La finalidad del FRAL es "desarrollar un frente de liberación nacional y social como instrumento para la construcción de un poder democrático, popular y antiimperialista". Este Frente es concebido por Patricio Echegaray como la herramienta más eficaz para tomar el poder "que el campo popular necesita". Esto apunta a transformar radicalmente el país mediante una revolución social, cuyo objetivo es el socialismo. Ello será "la forma de hermanarnos al proceso de los pueblos latinoamericanos, que con la revolución cubana, con la nicaragüense, inauguraron la marcha hacia la segunda y definitiva independencia" (42).

Entre el PRT y el Peronismo Revolucionario también se ha producido un acercamiento, el que ha sido detenido a raíz del proceso electoral presidencial. En todo caso, el PRT piensa que un entendimiento definitivo se puede dar a partir de la reaceptación por ese peronismo, de las premisas del marxismo-leninismo. En un folleto sobre la materia se dice: "el peronismo obrero y popular, liberándose de los lastres de la ideología burguesa y profundizando sus avances en la senda por una lucha de democracia popular, antiimperialista, mediante la valoración de trascendencia que revisten las diferencias de clase y la lucha de esas clases por el desarrollo social, constituye una de las importantes fuerzas destinadas a integrar el inmenso ejército que dará la batalla por la revolución democrática, popular, antiimperialista, como forma de acercamiento a la revolución socialista" (43). En el diagnóstico del PRT se incurre en dos errores de apreciación. El primero es que el Peronismo Revolucionario no tiene una base obrera, que sigue más bien las orientaciones de la burocracia sindical, sino que proviene de capas medias e intelectuales radicalizadas. El segundo es que mientras el PRT sigue embarcado en categorías leninistas que han evidenciado su fracaso en América Latina, Montoneros acuden a Gramsci para reformular su estrategia, en la búsqueda de consolidar espacios que apunten a una construcción hegemónica.

En 1988 el PRT revela claramente cuál será su estrategia frente al sistema político. Primeramente, usar las demandas sociales de tipo reivindicativo para promover agitación, luego trasladar esas demandas a lo político, hasta llegar a plantear lo central: la cuestión del poder: "El objetivo estratégico es el poder; desde esa óptica todas y cada una de las batallas ganadas por las masas acumulan fuerzas que deben volcarse al torrente de la revolución". (44). Su pacto electoral con comunistas, humanistas y verdes en el FRAL corresponde al período de acumulación de fuerzas "en el objetivo de disputar el poder, comenzando a construirlo en los distintos niveles a través de las

(41) Echegaray, Patricio: *¿Hacia dónde va el alfonsinismo?* Editorial Anteo, 1987, pág. 43.

(42) Partido Revolucionario de los Trabajadores: *El Peronismo, una óptica de clase*. Picograf, Buenos Aires, 1986, pág. 24.

(43) PRT: "La Confrontación que se avecina". Folleto Ediciones *El Combatiente*, enero 1988.

(44) Carta del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Frente Amplio de Liberación, enero 1988, Mimeo.

luchas que se están desarrollando y las que se irán gestando en este creciente proceso de protagonismo popular”, dirá en otro documento.

Para quien pudo pensar que la participación del PRT-ERP en las elecciones implicaba dejar atrás definitivamente las armas, es bueno hacer presente lo que decía este partido a inicios de 1988: “La lucha electoral constituye parte de ese proceso (en la busca del poder). Nuestra participación en ella debe responder a los planes centrales con una visión que se extienda más allá de los comicios y que dimana de la necesidad de precisar una propuesta con identidad propia, que busca fortalecerse para participar en la disputa del poder junto a quienes ya están comenzando a cuestionar el orden actual, con la visión de una democracia popular participativa y antiimperialista” (45).

Veamos ahora lo que en tiempos recientes plantea el Peronismo Revolucionario. Ellos se plantean un doble objetivo: la unidad de las estructuras orgánicas del movimiento peronista para lograr allí su hegemonía, y por otra el entendimiento con las otras fuerzas de izquierda. Para la lucha del poder interno del peronismo plantean que “se puede acceder a las estructuras políticas negociando con los sectores que allí están, pero la condición que legitima y posibilita hacerlo es haber acumulado fuerzas en la base, en un desarrollo político y organizativo en el seno de la identidad y particularmente de la clase trabajadora peronista”. Una forma eficaz de acumular fuerzas es cobijarse tras Menem y ganar posiciones en su campaña, primero, y después en su gobierno. Al no vivir Perón saben que Menem no será un nuevo Cámpora. Saben que el peronismo se encuentra en crisis, fraccionado en diversas tendencias, sin mando vertical, por lo tanto el campo para hegemonizarlo es más propicio que en los 70.

De allí que ellos prefieran no hablar tanto de Montoneros para no despertar resistencias, sino que hablan de un Peronismo Revolucionario que no es una organización, sino un espacio político “donde las diferentes formas de organización van buscando remontar los errores cometidos y poner en pie la voluntad revolucionaria que en otra etapa hizo temblar el poder de la oligarquía y el imperialismo” (46).

En los contenidos de la campaña electoral se da prematuramente una demostración de cómo se quiere usar el triunfo de Menem como un trampolín para plantear desde el Gobierno la cuestión del poder. En el periódico “El Descamisado”, tal como se llamaba antes, plantean que el peronismo para que sea una real alternativa de poder y para ello se deben hacer dos cosas: “En primer lugar, recuperar el carácter movimientista, pues el peronismo jaqueó al régimen, mientras mantuvo intacta su esencia movimientista. Por lo tanto, sólo movilizándolo todas las energías revolucionarias que subyacen en las bases peronistas, se podrá avanzar contra la dependencia. En segundo lugar, reformular el proyecto del país que queremos, a través de un programa nacionalista revolucionario” (47).

(45) Movimiento Peronista 26 de Julio: “Cuadernos Peronismo y Revolución” Nº 1, 1987, pág. 29.

(46) Véase: *El Descamisado para la Liberación*, 5 de octubre 1987. Editorial “El Peronismo vuelve por la Liberación”.

(47) Echeagaray, Patricio: “Estamos ante una prueba de fuego” en *Revista Ideología y Política*, agosto-septiembre 1988, pág. 11.

Por último, frente a la coyuntura electoral de 1989, el Partido Comunista creó la Izquierda Unida, tal cual existe en Chile y en Perú, reemplazando al FRAL. En la propuesta de la Izquierda Unida se reiteran los planteamientos rupturistas del XVI Congreso, pero además, al decir de Patricio Echegaray, se revela una clara intencionalidad de instrumentalizar las elecciones en función de un proyecto antisistémico. Lo dice así: "Este paso que nosotros consideramos de crucial importancia para que las luchas puedan rebasar el marco meramente económico en el cual la burocracia las quiere agotar, y se proyecten al terreno político, al de la lucha, por un nuevo tipo de poder, el poder de los trabajadores y el pueblo... Por lo tanto las elecciones no son para nosotros un hecho más; están insertas en el proceso político real en el que estamos inmersos y vamos a tratar de aprovecharlas para avanzar en la estrategia de la revolución, lo cual implica una adecuada táctica que la pueda expresar en la actual correlación de fuerzas desfavorable y que tienda a revertirla" (48).

Fuera de los tres grupos que hemos analizado hay un tercero, cuyo líder murió en La Tablada. Es el Movimiento Todos por la Patria, que es más bien un movimiento social, donde convergen personas de varias orgánicas políticas, entre las cuales se encuentra el ERP. El Movimiento Todos por la Patria se congrega en torno a la revista "Entre Todos los que queremos la Liberación", donde destacan personas ligadas a sectores de izquierda de la Iglesia Católica. El Movimiento propone una práctica de política nueva, que parta de cada una de las organizaciones naturales de base, para que el pueblo llegue a deliberar y gobernar mediante su participación directa. La verdad es que el Movimiento Todos por la Patria nace siendo una entidad más bien intelectual, después se vincula a la defensa de los derechos humanos, pero de poco alcance en una Iglesia, como la argentina, que no se caracteriza por situarse a la izquierda, de modo que en el corto plazo no jugaría ahí un rol destacado; de allí entonces que optara por aliarse con el ERP.

En su estructura como movimiento social apunta a la formación de una convocatoria de masas suprapartidista, no articulados políticamente en lo inmediato, pero que puede ser conducido, en cuanto movimiento de masas, por partidos políticos y por la "vanguardia revolucionaria". "Así se tiene un movimiento social de base popular no partidista y que a la vez movilice a sectores radicalizados de la Iglesia tras el proyecto de liberación nacional". He aquí una coincidencia con algunos planteamientos de la estrategia sandinista respecto de los movimientos sociales y de la Iglesia Católica misma (49).

Uno de los muertos en La Tablada es Jorge Baño, principal dirigente del Movimiento Todos por la Patria. Se había caracterizado además de su columna en la revista "Entre Todos", por su activa participación como abogado en centros de defensa de derechos humanos. En 1986 encabezó una propuesta de reforma constitucional. Sostenía entonces: "La propuesta se sintetiza en luchar juntos los sectores del campo popular social y político

(48) Movimiento Todos por la Patria: Revista *Entre Todos los que queremos la liberación*, septiembre 1986.

(49) Baño, Jorge: "Una Constitución a la medida de las necesidades populares", columna en Revista *Entre Todos*, septiembre de 1986.



para que la Constitución Política del Estado sea el reflejo de la historia de lucha del pueblo y de sus aspiraciones de independencia y dignidad. De la lucha, en definitiva, para que el pueblo sepa —de una vez por todas— de qué se trata” (50). Pronto dejará sus afanes jurídicos para empuñar las armas. Con su muerte en La Tablada no sólo involucra a su movimiento en la insurrección, sino que revela su alianza con Gorriarán, el actual líder del ERP.

## CONCLUSION

Hemos escrito apresuradamente este trabajo sobre la insurrección en Argentina. Lo hacemos antes que el hecho mismo se diluya en la vorágine de acontecimientos políticos que se suceden en toda campaña presidencial. Lo hacemos, tanto para advertir que para cualquier indagación académica hecha con algunos años de anticipación a hoy, era posible sostener que la violencia extremista de izquierda retornaría en Argentina, como para insistir que la posición de estos grupos, en cuanto aparecen como insertos en el quehacer público, corresponde a una transicionalidad entre su reagrupamiento y su re inserción en la vía armada, para lo cual se necesita además de un contexto de crisis que la haga mínimamente posible.

Lo hacemos, también, para sostener que se mantienen dos vertientes en el polo insurreccional. La marxista-leninista, que se ha ampliado a los sectores radicalizados de la Iglesia Católica, que se afana en reponer el tema de la violencia sin mayor demora, y la peronista-montonera, que desea reeditar el camino recorrido con Cámpora, contando esta vez con que por sobre Menem no hay un Perón con derecho a veto y a recambio.

Lo hacemos, en fin, para señalar que la permisividad de la práctica democrática argentina con movimientos insurreccionales de otros países, ha terminado por volverse en contra del propio sistema. Argentina atraviesa por una crisis económica y social. De ser elegido Presidente el peronista Carlos Saúl Menem, con vinculaciones con Montoneros, dicha crisis se trasladaría al plano político. La insurrección del PRT-ERP encontraría un campo aún más propicio, en tanto que el peronismo revolucionario tendría la facilidad de contar con el gobierno. Sin duda que en el vecino país comienzan a vivirse días difíciles, y se está en el inicio de un proceso que, por ser especialistas en la materia, hemos querido tratarlo desde sus comienzos en ésta, la que será la segunda etapa de la insurrección argentina.

Cuando en mayo de 1973 el General Lanusse entregó el poder al peronista Héctor Cámpora y los miembros de la Junta de Gobierno se fueron de la Casa Rosada, se dio un escenario que Anzorena describe bien: “Hubo una consigna que atronó la Plaza y fue gritada por todos y cada uno de los asistentes, sin distinción sectorial ni partidaria. Una consigna que perdurará imborrable en todos los protagonistas de ese día peronista. Una consigna que sería recordada con tristeza, nostalgia e ironía después de marzo del 76. Y que surgió espontáneamente cuando los manifestantes vieron despegar de la terraza de la Casa Rosada a los helicópteros que transportaban a los miembros de la Junta de Comandantes. El saludo fue unánime: SE VAN, SE VAN,

Y NUNCA VOLVERAN” (50). Y volvieron. Así, por esta precipitación de los grupos subversivos, quien más efectivamente dañada resulta es la democracia, por su indefensión, por la permisividad, por la excesiva tolerancia. No vaya a ser cosa que en el próximo gobierno, la consigna del 83 NUNCA MAS, sea sustituida por la de OTRA VEZ.

(50) Anzorena, Oscar, op. cit., pág. 250.